

# Víctor Hugo Rascón Banda: Contrabando

Ignacio Trejo Fuentes



Víctor Hugo Rascón Banda,

Dramaturgo exitoso, Víctor Hugo Rascón Banda (1948-2008), incursionó asimismo en la narrativa. Recuerdo una autobiografía que le publicó la UNAM, su libro de cuentos *Volver a Santa Rosa y ¿Por qué a mí? Diario de un condenado*. En el último de los libros mencionados, el autor da cuenta de los avatares y sinsabores a que lo sometió la grave enfermedad que, finalmente, habría de alejarlo de este mundo. Su novela *Contrabando*, que obtuviera el Premio Juan Rulfo de Novela en 1991, su publicó póstumamente este año.

*Volver a Santa Rosa* contiene trece cuentos en los cuales el escritor rememora sus días de infancia en su pueblo natal. Se respira un aire campirano, preñado de alien-

tos mágicos y otros tan concretos como el narcotráfico y la guerrilla, si bien observados por la mirada de un niño y expuestos con la experiencia del adulto que es ya consumado escritor. En *Contrabando*, Víctor Hugo repite la experiencia: apremiado por la necesidad de escribir el argumento y guión de una película que le ha encargado Antonio Aguilar, hace caso a la petición de su madre para que se encierre en su casa de Santa Rosa de Lima de Uruáchic, Chihuahua, y pueda concentrarse en su trabajo, que otros compromisos le impiden. Y sí, el escritor acepta la propuesta y se traslada a su pueblo natal; pero el mismo día de su llegada, presencia en el aeropuerto de la capital del estado el asesinato de dos jóvenes, presuntamente

narcotraficantes, a manos de policías federales. Esa misma noche, cuando se traslada con su padre y el chofer hacia Santa Rosa, atestigua los movimientos que la policía y el ejército ejecutan para contener el narcotráfico y el alcohol. En su casa, se reencuentra con el pasado, pero sobre todo con convulsionantes acontecimientos que atraen su atención, lo que lo obliga a ir postergando el compromiso cinematográfico.

Rascón Banda va de atrás a adelante en el tiempo para contar sucesos acaecidos en esa población y en otras circunvecinas, todos teñidos por la violencia y la muerte. El vínculo fundamental de lo que se narra en la novela es el narcotráfico: toda la vida de la región está supeditada a aquel fenómeno, nada escapa a su influjo por más que algunos se resistan, es un cáncer que corroe y mata a hombres y mujeres, chicos y grandes. La plaga no es, por supuesto, propiedad exclusiva de Chihuahua, sino se extiende por los estados vecinos, lo que la vuelve aún más dramática y deletérea.

En *Contrabando* asistimos —mediante la intermediación del narrador— a una matanza colectiva, y no nos queda más que conmocionarnos ante tanto reguero de balas y de sangre. La mujer que atestigua los hechos es tomada por narcotraficante y encarcelada y vejada ante la opinión pública: de esa forma, las fuerzas “del orden” ocultan su incapacidad para enfrentar a los verdaderos capos y hacen creer que su actuación es de lo más puntual y meritoria. Asistimos asimismo a secuestros, como el del presidente municipal que desaparece sin dejar rastros. Y a crímenes provocados por el narcotráfico si bien enmascarados por supuestas infidelidades amorosas.

La historia de la Güera Rosenda y Erwin ejemplifica lo apuntado al último. Jóvenes

comprometidos en matrimonio se ven involucrados en un asunto que estremece a la región: él es asesinado, y sobre ella pende la culpa: actuó a favor de narcotraficantes, y utilizó a “su novio” para cobrar una venganza.

Otro caso singular es la del narco llegado a Santa Rosa desde otro estado, y que poco a poco va apoderándose de la vida y obra de los locales merced a su poderío económico y criminal. El desenlace de su actuación vuelve a llenar de sangre la vida de muchos, incluidos su mujer y sus hijos.

En la novela todo el tiempo se respira el miedo de los personajes ante el influjo de los asesinos que unas veces se manifiestan y, las más, se emboscan. Aquéllos saben que no tienen escapatoria, y en consecuencia siguen las reglas del juego o determinan su propia debacle. Ese miedo deviene traiciones, golpes bajos: no se puede estar protegido ni siquiera por la misma familia. Y el narrador —Víctor Hugo— está en medio de la vorágine tratando de concentrarse para escribir su argumento cinematográfico; obviamente, lo que ve y / o escucha se impone a aquella tarea, y lo conocemos gracias a la novela que resultó de eso.

El narrador se inmiscuye en los acontecimientos, se vuelve actor, y eso da autenticidad a lo contado: no son fabulaciones, sino el registro de algo concreto, así que por momentos pueda parecer exageración. Mas quienes conocen esas circunstancias saben muy bien que el clima de terror que impone el poderío del narcotráfico no es juego de niños, sus tentáculos son omnímodos y devastadores.

El narcotráfico es un asunto que desde hace mucho tiempo repercute en los oídos de todos los mexicanos, aun en zonas del país en que aquél pareciera no existir. Ha surgido una cultura del narco, sobre todo en la música popular: los “narcocorridos” son pan de cada día en estados como Sinaloa, Sonora, Chihuahua, Nuevo León... Y la literatura, por supuesto, no podía escapar a ese influjo. Autores como Heberto Sinagawa y Élmer Mendoza se han ocupado de documentar los sinsabores que acarrea la presencia de los narcotraficantes y las profundas lastimaduras que provoca en varios órdenes de la esfera familiar y social. Incluso escritores extranjeros (Arturo Pérez-Reverte) han abrevado en ese asunto. Sin

embargo, creo que aún estamos lejos de conocer las entrañas del mal. El esfuerzo de Víctor Hugo Rascón Banda me parece uno de los que se aproximan con mayor fidelidad y vigor a ese fenómeno.

Y es así porque conoce bien los mecanismos del narcotráfico y sus efectos, su propia tierra ha sido vulnerada por aquella epidemia, y no podía desaprovechar tal cúmulo de noticias y experiencias. Y las aprovecha de la mejor manera, echando mano de sus indiscutibles dotes narrativas (y teatrales). Mientras leemos, nos empapamos de referencias musicales, cinematográficas y literarias del asunto del narcotráfico; y agradecemos la fuerza que el autor da a los hechos, de nuevo valiéndose de su experiencia escritural. Los capítulos abren con impecable poder de impacto: “Yo misma le preparé la muerte a mi hijo”. Y el cierre de cada cual, anuncia y justifica el título y el tenor del siguiente, de modo que no hay titubeos ni alternativa por parte de quien lee: o sigue o sigue.

Acaso para sacudirse cierta monotonía, o tal vez obedeciendo la naturaleza de lo que debe contar, Víctor Hugo acude a sus conocimientos de recursos distintos a la narrativa. Por ejemplo, el capítulo titulado “O tú o yo” está construido estrictamente mediante diálogos (materia prima de la dramaturgia, que el autor conoce al dedillo), mientras “Guerrero Negro” es, de hecho, una breve pieza teatral, y “Triste recuerdo” asume las características de un guión cinematográfico. Y otros capítulos se elaboran a manera de cartas, de confesiones, etcétera. Esto significa que el autor sabe que tiene en sus manos materiales de indudable importancia, mas no se conforma con aprovecharlos convencionalmente, sino se preocupa por revestirlos de alicientes estéticos que consigue con singular eficacia.

El tono del lenguaje utilizado por Víctor Hugo Rascón Banda en *Contrabando* se atiene preferentemente a la “naturalidad” propia de los protagonistas, aunque muchas veces arriesga con las metáforas de forma afortunada, “pule” frases e imágenes. Y es interesante advertir que, en concordancia con el origen de la mayoría de los protagonistas, norteños ellos, abundan giros que sonarán extraños a quien no conozca aquellas latitudes, palabras y términos que

parecerán provenientes de otra galaxia, o meras invenciones; pero quien haya escuchado a los chihuahuenses, por ejemplo, no se sorprenderá, y al contrario apreciará la determinación del autor de incorporar los al *corpus* de la obra con tanta eficacia.

Ya dije que el autor se convierte en protagonista de la obra, y eso le da un aliento de autenticidad inmejorable. En ese sentido, la utilización de la primera persona narrativa se vuelve indispensable, aunque como se apuntó, el escritor incorpora puntos de vista diferentes, como los propios del teatro y el cine.

Quienes sólo conocen a Víctor Hugo Rascón Banda como dramaturgo se sorprenderán al conocerlo como narrador, en este caso como novelista. El chihuahuense se agrega al ejército de autores que se mueven con similar pericia tanto en el teatro como en la narrativa: Rodolfo Usigli, Sergio Magaña, Emilio Carballido, Luisa Josefina Hernández, Elena Garro, Jorge Ibargüengoitia, Vicente Leñero, Ignacio Solares, etcétera.

Novela publicada póstumamente, *Contrabando* justifica lo dicho por Leñero en torno al autor y su obra: “Es, sin duda, un espléndido narrador. Un libro excepcional, un legado literario que lo mantiene vivo”. **U**

Víctor Hugo Rascón Banda, *Contrabando*, Planeta, México, 2008, 211 pp.

